

LIBRO

HELENE CARRERE D'ENCAUSSE
*LE GRAN FRERE**
ERIK P. HOFFMANN (ED.)
*THE SOVIET UNION IN THE 1980'S***

Roberto Durán***

Los cambios que últimamente ha experimentado el sistema político de la Unión Soviética han provocado reacciones encontradas. En opinión de algunos soviétólogos, las reformas introducidas por la actual cúpula gobernante no sólo alteran la estructura y funcionamiento del ámbito económico-productivo, sino además implican una transformación substancial de la sociedad soviética en el mediano plazo. Ello supone la apertura paulatina de ciertos procedimientos en materia de participación y/o gestión políticas, la institucionalización de una relativa tolerancia, la introducción de una mínima eficiencia en la economía, etc. Sin embargo, otro grupo de especialistas sostiene -que el "glasnost" ("apertura") en que se encuentra empeñado el gobierno soviético apunta básicamente a readecuar a la URSS a la evolución de un contexto internacional dinámico, lo que en sí es un hecho importante, pero que no necesariamente encierra las transformaciones de fondo que le imputan. O sea, tal apertura es una especie de "aggiornamento" y no un proceso de transformación integral de la sociedad soviética. El objetivo del "glasnost" es ampliar el status de superpotencia de la URSS en otros planos, aparte del político-militar. Como ha sido y es usual, cualquier intento de cambio en la sociedad soviética

* Flammarion, París, 1983.

** Proceedings of the Academy Political Science, Vol. 35, N° 3, New York, 1984.

*** Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile

suscita al mismo tiempo sentimientos escépticos y optimistas. Aun no ha transcurrido un tiempo prudente para apreciar en qué proporción van a influir estos últimos cambios: los magros resultados de experiencias similares en el pasado no constituyen un buen presagio respecto del actual proceso, a pesar de que se trata de contextos históricos diferentes. Una recopilación y análisis exhaustivo acerca de la evolución y proyecciones del sistema político soviético están contenidos en los libros que comentamos.

El libro editado por E. P. Hoffmann reúne 18 trabajos, los cuales cubren una amplia pluralidad de temas relacionados con los problemas y asuntos económicos, sociales, políticos, culturales e internacionales que enfrenta la Unión Soviética en la década actual. Si bien todos estos trabajos fueron elaborados muy a principios de los años 80, la información que suministran conserva plena vigencia. El artículo de T. J. Colton (pp. 14-31) sintetiza los principales obstáculos con los que topa la modernización de la sociedad soviética, a su juicio fundamentalmente seis. El primero es la reticencia de la élite dirigente a esbozar fórmulas innovadoras para solucionar los tradicionales problemas derivados de una excesiva burocratización, sea en el terreno económico-productivo, social (vivienda, equipamiento y bienestar, etc.) y propiamente político. La abrupta urbanización de la URSS hacia fines de los años 40 modificó sustancialmente la estructura y las expectativas de la sociedad soviética, situación que en algunos casos se ha agudizado; de hecho, parte importante de las reformas que hoy en día se propugnan apuntan en ese sentido. Muy relacionado con el primero, el segundo obstáculo se refiere al desfase entre el éxito relativo alcanzado en ciertas áreas (industria militar, progreso científico, educación básica, etc.) y el enorme atraso que subsiste en otras (consumo masivo, bienestar socioeconómico en determinadas regiones y ciudades, la intolerancia ideológica, etc.). Un tercer problema se relaciona con la pluralidad étnico-cultural de la Unión Soviética, sin duda uno de los más urgentes hoy en día. Como lo indica Colton, el 52% de la población es de origen ruso, cerca de un 20% lo constituyen otros grupos eslavos (ucranianos y bielorrusos), un 8% concentra a grupos europeos no-eslavos (particularmente germanos), un 17% comprende a grupos centro-asiáticos y el 3% restante corresponde a casi 26 grupos étnicos y/o culturales de la más diversa especie. Esta multiplicidad étnica y cultural de la URSS no siempre es analizada debidamente, lo cual suele limitar la confiabilidad de ciertos diagnósticos acerca de su realidad. Más adelante, G. W. Lapidus (pp. 98-112) se expone sobre el mismo tema, dimensionalizando el problema en dos planos; uno, referido a la forma en que éste impacta sobre el sistema político en sí y, otro, referido a la manera en que éste

se vincula con la política de seguridad de la URSS. En cuanto al primero, Lapidus señala seis áreas-problemas, entre las que a nuestro juicio resaltan cuatro. Uno es el grado de legitimación del sistema político soviético en una sociedad culturalmente tan diversificada. Siguiendo al autor, durante el período inmediatamente posterior a la revolución de 1917 y, luego, durante los años más críticos de la segunda guerra mundial, los sentimientos autonomistas de algunas nacionalidades fueron subsumidos ante la preeminencia de los grupos eslavos, particularmente ante la virtual hegemonía rusa. En ambos casos, las características totalizantes y apremiantes de cada coyuntura prevalecieron sobre otras más inmediatas o particulares; en el primer caso se trataba de consolidar un proceso revolucionario inédito y en el segundo de asegurar la existencia de la sociedad soviética en cuanto tal. Sin desconocer el peso de las circunstancias, Colton y Lapidus tienden a sobrevalorarlas al explicar la preeminencia rusa en la sociedad soviética; en rigor, tanto en el contexto de una revolución como la de 1917 como en el de la guerra contra el Tercer Reich alemán, dicha preeminencia existe previamente, incluso de manera más marcada. De otra forma, ¿cómo se explica la mínima participación que les cabe a las nacionalidades no-eslavas en el desencadenamiento de la revolución de 1917? La posterior consolidación de la revolución se gesta en territorios habitados por rusos, bielorrusos y ucranianos; en menor escala tuvieron comprometidos algunos territorios alejados y casi nula fue la participación que les cupo a pueblos más alejados. Ciertamente, la revolución llegó a todos los confines de la Unión Soviética, pero este fue un proceso gradual y en un principio ello aparecía como la prolongación de los fuertes lazos de dependencia que ligaban a tantos pueblos y nacionalidades con la Rusia zarista. En otras palabras, la hegemonía rusa se explica numéricamente (es la mayoría de la población de la URSS), que junto con una tradición histórica y cultural igualmente hegemónica refuerzan el carácter dominante ruso en la sociedad soviética. Aunque la Constitución y leyes de la URSS garantizan la igualdad de derechos para todas las nacionalidades (la Constitución establece importancia equivalente al Soviet de las Nacionalidades con el Soviet Supremo), es imposible desconocer esta realidad, sobre todo cuando se examinan de cerca los mecanismos de legitimación del sistema político soviético.

Según Lapidus, la pluralidad de nacionalidades acarrea tres tipos de problemas en la estructura política de la URSS. En primer término, existe un problema de equidad en la compleja maraña burocrática, cuyos principales responsables son en su mayoría de origen eslavo. Por cierto, esta situación es fiel reflejo de una realidad poblacional que favorece a estos últimos, especialmente en una estructura deci-

sional centralizada. Esta misma centralización jerarquiza determinadas prioridades conforme a determinados criterios, y estas prioridades y criterios no siempre son representativos de las aspiraciones y expectativas de otras nacionalidades y minorías. En segundo lugar, la preeminencia política de los grupos eslavos va aparejada a un status cultural igualmente dominante, lo que recientemente ha provocado tensiones adicionales. En efecto, pese a los esfuerzos del gobierno central por equiparar los derechos sociales y culturales de cada nacionalidad o minoría, la influencia de la cultura eslava se manifiesta incontrarrestablemente en casi todos los ámbitos de la vida soviética. Algunas investigaciones realizadas acerca de la transculturación de las minorías soviéticas destacan, entre otros hechos, un notorio aumento en su crecimiento demográfico, especialmente en las repúblicas ubicadas al sur de la URSS, más precisamente entre el Mar Caspio y la frontera con Afganistán. Además que la composición étnica de estas repúblicas es fundamentalmente turcomana y centro-asiática, un aspecto aun más primordial es su extraordinario apego a usos y costumbres que emanan de la religión musulmana, cuyos valores suelen contradecir algunos postulados no tan religiosos del sistema político imperante en la URSS.

Los trabajos de Colton y Lapidus aluden muy tangencialmente este punto, el que en nuestra opinión merece un tratamiento más exhaustivo, habida cuenta de la importancia que este hecho ha adquirido y va a seguir adquiriendo en el equilibrio político interno de la URSS. Un tercer aspecto que enfatiza el artículo de Lapidus se refiere a los efectos que produce en las fuerzas armadas soviéticas esta pluralidad de culturas, específicamente en el reclutamiento de conscriptos y en la formación de la oficialidad. Por lo pronto, se observa una desproporción que tiende a moderarse; volviendo al punto anterior, el crecimiento de la población soviética de origen turcomano y centro-asiático debería abarcar cerca de un 20% del total de la URSS, al menos en los próximos diez años. Sin embargo, muchas unidades de las fuerzas armadas —especialmente del ejército— tienen una conscripción no-eslava que supera el 50% como promedio, siendo a veces aun más alta. Esto contrasta con la conscripción de unidades de élite, las que no tienen más de un 10% —o menos— de conscripción no-eslava. Esta desproporción es más evidente entre la oficialidad: menos de un 8% proviene de nacionalidades o pueblos no-eslavos. Ahora bien, si se mantienen los actuales indicadores demográficos, esta tendencia debería amortiguarse, pero ¿qué podría suceder si esto no ocurre?

Considerando que el status de superpotencia de la URSS está avalado por una voluntad política en la que su capacidad militar juega un papel de primer orden, un conflicto

intrainstitucional provocado por desigualdades socioculturales debiera estar excluido por razones obvias. Un ejemplo ilustrativo es la experiencia vivida por el contingente soviético que ocupó militarmente Afganistán entre 1979 y 1981. Como se sabe, el personal de tropa de las fuerzas ocupantes era esencialmente de origen centro-asiático; el idioma y dialectos de esos soldados se asemejaban a los que se hablan en Afganistán. Se creyó que ese antecedente podría morigerar la resistencia antisoviética; como también se sabe, los resultados fueron otros (descenso en la moral combatiente de las fuerzas soviéticas, desertiones esporádicas), lo que obligó al alto mando soviético a cambiar unidades completas entre 1982 y 1983. Aunque no hubo situaciones similares durante las tensiones limítrofes con China, no hay que olvidar que las fuerzas que entonces destacó la Unión Soviética en Asia provenían casi íntegramente de unidades de línea en el Pacto de Varsovia, cuya composición es mayoritariamente de origen eslavo. Esta somera descripción del problema no implica suponer una total ignorancia del mismo por parte del gobierno soviético; sería contradecir los enormes y reconocidos esfuerzos que despliegan sus organismos de información. Lo que cabe es reconocer la ineficacia de una burocracia inescrutable, poco idónea para adoptar y poner en marcha algunas soluciones de largo aliento. Aquí radica la validez de las observaciones del artículo de Colton, las que se habrían visto realzadas si el autor las hubiere contrastado empíricamente.

Además de editarlo, E. P. Hoffmann se encarga de introducir el tema general del libro en un artículo sobre la evolución del sistema político soviético, oportunidad que aprovecha para referirse a su naturaleza autoritaria. Sin adoptar una postura de antemano, la exposición de Hoffmann indaga en las condiciones y circunstancias que favorecieron la emergencia del autoritarismo, poniendo de relieve el carácter totalizante de la revolución de 1917 y la difícil coyuntura internacional que tuvo que enfrentar la entonces naciente Unión Soviética. Aunque explícitamente el autor no imputa a las circunstancias un carácter determinante, implícitamente reconoce que el autoritarismo soviético responde a un contexto histórico cuyo tenor no hacía propicia una legitimación de la revolución por la vía del consenso democrático. Por lo pronto, el margen de maniobra interno y externo de la revolución era extremadamente estrecho y en muchos casos prácticamente inexistente; la nueva estructura de poder se consolida después de una prolongada guerra civil, en la que no sólo estuvo presente una violenta represión contra los enemigos de la causa bolchevique, sino además una persistente pugna por el control del Partido Comunista, proceso que culminaba en purgas que en más de una ocasión afectaron seriamente la continuidad de la revolución. Las presiones in-

ternacionales que se ejercieron sobre la URSS fueron ambivalentes; en un principio, la resistencia antibolchevique encontró en ellas una fuente de recursos y aprovisionamiento.

Aunque muchos autores reafirman este hecho, es importante recalcar que el apoyo que encontraron los movimientos antibolcheviques en otros países europeos fue bastante nulo, al menos en términos efectivos. A nuestro juicio, la revolución soviética era observada con sumo interés por el resto de los países europeos por dos razones. En primer lugar, dicha revolución no ocurría en un país cualquiera; la Rusia zarista de antaño y la emergente Unión Soviética seguían siendo el mismo conglomerado de naciones que siempre ha jugado un rol esencial en el equilibrio regional. Para los países europeos no cabía otra opción que la de observar con prudencia y distancia el complejo proceso soviético; por lo demás, los efectos de la guerra mundial de 1914 y 1918 habían más que mermado los recursos de esos países, lo que no era estimulante para los movimientos antibolcheviques. En segundo lugar, la ideología del régimen instaurado en la URSS tenía sus proyecciones en cada uno de estos países y es precisamente durante el período 1918-1939 en el cual se incrementa la presencia social y electoral de movimientos y partidos políticos de tendencia marxista.

A fin de enfrentar en buena forma la inestabilidad interna, varios países europeos optaron por mantener una relación formal y estable con la Unión Soviética; de esta forma —se sostuvo— se neutralizaban los probables efectos de una maniobra articulada interna y externamente, lo que permitía concentrar recursos en lo interno. La represión anticomunista del régimen nacional-socialista alemán entre 1934 y 1938 nunca fue objeto de alguna observación o de algún malentendido en las relaciones entre el Tercer Reich y la Unión Soviética. Por el contrario, estas relaciones se mantuvieron en un plano que combinaba armoniosamente la formalidad con el pragmatismo, características que permitieron que ambos países definieran sus respectivas áreas de influencia entre 1939 y 1941. En otro orden de cosas, este y otros ejemplos nos recuerdan la relativa autonomía que suelen presentar las relaciones entre países, especialmente cuando éstas se definen en pro de objetivos alcanzables y/o negociables. Este es un punto importante para comprender la manera en que la Unión Soviética se aproxima hacia regímenes ideológicamente contrapuestos, en particular si las condiciones la obligan a negociar.

En lo concerniente a la política internacional de la Unión Soviética, el libro editado por Hoffmann recoge seis trabajos, entre los que destacan el de Z. Brzezinski, R. F. Laird & D. R. Herspring y el de Ch. Gati. Estos tres artículos nos introducen en el tema de Hélène Carrère d'Encausse, cu-

yo enfoque complementa el punto de vista de estos tres connotados soviétólogos norteamericanos. En su trabajo, Brzezinski (pp. 147-159) argumenta que la expansión del "sistema imperialista soviético" (p. 147) obedece a una constante que históricamente se remonta a la época de la Rusia zarista y que básicamente tiene su origen en una peculiar sensación de inseguridad que produce el esfuerzo por controlar un territorio tan extenso (p. 147). En lo que toca a la expansión imperialista como constante, Brzezinski y Carrère d'Encausse coinciden plenamente: desde mediados del siglo XVI hasta ahora, la Rusia zarista de antes y la Unión Soviética de hoy han experimentado el mismo "Drag nach West". ¿Puede imputarse tal comportamiento a una sensación de inseguridad?

Sería suponer que la seguridad de una parte (URSS) se define en función de la inseguridad de la otra (s) parte (s) (Europa Oriental, Afganistán, China o cualquier otro país que limite con la Unión Soviética). Esta lógica también puede darse en el sentido opuesto: la inseguridad de la URSS respecto de sus fronteras podría llegar a convertirse en un factor de poder controlable por naciones más débiles que ella. A nuestro juicio, suponer que la inseguridad fronteriza estimula la expansión territorial es restringir excesivamente el conjunto de causas reales o potenciales que están involucradas en este proceso, además que sobredimensiona un fenómeno de por sí bastante interpretable. Un fenómeno muy recurrente en la historia de los imperios (políticos, coloniales, económicos, etc.) es la actitud poco resignada respecto de lo que ya se posee, actitud que mueve a éstos a incrementar sus posesiones. Ahora bien, esta conducta puede fundamentarse o no en una sensación de inseguridad respecto de países o imperios vecinos, pero todo indica que dicha sensación es una consecuencia y no a la inversa. En el caso específico de la Unión Soviética, la extensión de su territorio provoca más problemas para los mecanismos del control político interno que en sus relaciones vecinales, tal cual se desprende del trabajo de G. W. Lapidus (pp. 106-109). Desde luego, un factor prioritario en la política de seguridad estratégica de la URSS es la mantención de buenos términos en sus relaciones vecinales, lo que ciertamente tiene mucho que ver con la seguridad fronteriza. La vasta extensión de la URSS imposibilita un control exhaustivo de su territorio en eventuales situaciones de crisis; concretamente, en el caso de un conflicto convencional en el frente asiático, la capacidad de movilización soviética está supeditada a las enormes distancias que debe cubrir su dispositivo estratégico, y algo similar podría suceder en el frente centroeuropeo. En rigor, es esta realidad la que define el tenor de la política de seguridad soviética; de ahí sus esfuerzos por mantener férreamente cohesionado al Pacto de

Varsovia y en esta misma perspectiva habría que incluir la ocupación militar de Afganistán desde 1979.

No obstante las coincidencias de Brzezinski y Carrère d'Encausse, esta última sostiene que es el interés nacional de la URSS en cuanto tal lo que constituye el eje central de su política exterior (pp. 16-37). Este es un punto importante a considerar, por cuanto suele privilegiarse una interpretación ideológica o ideologizada de la política exterior soviética, en perjuicio de interpretaciones patológicas menos sesgadas. A fin de comprobar sus apreciaciones, la autora examina el contexto en el cual la Unión Soviética se ve compelida ante un doble conflicto entre 1943 y 1945. Uno, el más importante, es la guerra que desarrolla contra el Tercer Reich alemán; el segundo, menos apremiante en esos años, lo constituyen las complejas negociaciones con los Estados Unidos y Gran Bretaña durante las conferencias de Moscú (1941), Teherán (1943) y Yalta (1945). El esfuerzo por contener y expulsar gradualmente a las fuerzas alemanas de territorio soviético toma forma hacia fines de 1943, proceso en el que el factor ideológico tiene escasa relevancia; lo que entonces prima en la sociedad soviética en su conjunto es la defensa del "patrimonio histórico de la nación" (p. 16). Según Carrère d'Encausse, esta es una mutación que ya se vislumbra a inicios de la década de los 30, años en los que el predominio de un régimen autocrático vuelca introspectivamente el sistema político de la URSS, incluso en desmedro de la vocación internacionalista de la revolución de 1917. Muy sucintamente, la autora toca un aspecto sensible en lo que ha sido la teoría y la práctica de las relaciones internacionales; hasta qué punto y en qué términos prevalece el interés nacional sobre otros postulados.

Es obvio que al encontrarse un país en una situación extrema, su propia subsistencia apela a valores que de una u otra forma están interiorizados en la sociedad; aunque mucho pueden hacer los mecanismos de socialización por inculcar y/o imponer una determinada concepción de la historia y de la sociedad, la influencia de una escala valórica transmitida generacionalmente conserva un impulso vital que emerge en un momento de crisis. La difícil situación externa que enfrenta la Unión Soviética durante la guerra redefine las prioridades de acción del gobierno y del Partido Comunista, redefinición en la que cabe destacar la revalorización del papel de la Iglesia Ortodoxa y otras creencias religiosas (p. 18), así como el énfasis en los valores tradicionales del pueblo y nacionalidad eslavas (pp. 21-25). Veinte años después permanecían vigentes los sentimientos nacionalistas de épocas anteriores; "si bien la Primera Guerra Mundial logró quebrar la nación rusa, la Segunda la restaura" (p. 17). Es el mismo nacionalismo que opone a soviéticos contra chinos en la ten-

sa y larga disputa fronteriza que aun subsiste; es el mismo sentimiento que lleva al conflicto bélico a chinos y vietnamitas en 1979 y que sigue presente en la península indochina. Es de toda evidencia que el internacionalismo propugnado por los gobernantes soviéticos en 1917, asimilado por el gobierno de China Popular en 1949 y estimulado desde algunos países africanos y latinoamericanos desde los años 60 topa con la interiorización de ciertos patrones culturales profundamente arraigados; no es tarea fácil adaptar dichos patrones a determinados requerimientos ideológicos. Aun más difícil es intentar sustituirlos en función de esos mismos requerimientos. Si a la postre todo es una cuestión de tiempo, sería un interesante ejercicio acotar el tiempo mínimo y máximo que necesita una sociedad para transformar enteramente su escala de valores: en lo que concierne a ciertas orientaciones básicas de política exterior, pareciera que el transcurso de 70 años ha sido insuficiente para alterar sustancialmente el interés nacional de la Unión Soviética.

El "legado" stalinista de la política exterior soviética es otro punto importante en los análisis de la profesora Carrère d'Encausse y de Ch. Gati. El artículo del segundo (Hoffmann (Ed.) pp. 214-226) distingue lo que sería el "rezago" de la concepción stalinista en el manejo de la política exterior, en contraste con determinados factores externos a los que permanentemente está expuesto el sistema político de la URSS. Los "rezagos" stalinistas de la política externa de la Unión Soviética quedan de manifiesto en el "doble standard" que aplica hacia algunos países aliados, especialmente los europeo-orientales. La relativa autonomía a la que han accedido algunos regímenes del bloque socialista en materia de política internacional no se aviene con el estricto autoritarismo que se manifiesta en lo interno; en el otro extremo, en aquellos países en los que se ha logrado establecer un "modus vivendi" interno relativamente tolerante, en lo externo se observa un alineamiento casi absoluto respecto de los intereses internacionales de la Unión Soviética. Este doble comportamiento no es la respuesta flexible ante una realidad cambiante; más bien se trata de una respuesta inflexible ante una realidad transformable. El calificativo de transformable se asimila al calificativo de moldeable, es decir, hacerlo adaptable conforme a ciertos prerequisites y en razón de determinadas expectativas. Dichos prerequisites y expectativas suponen conductas esperadas, lo que no impide que éstas sean sutilmente inducidas o abiertamente impuestas: ahí reside el "doble standard" de la política soviética hacia sus aliados de Europa Oriental. En gran medida, esta conducta es el resultado de un complejo entrecruzamiento entre objetivos de política exterior de un lado y objetivos de política de seguridad por otro. Llegado el caso, una y otra tienden a confundirse en

una sola política; el margen de tolerancia de la URSS hacia sus aliados suele ser sumamente estrecho la mayoría de las veces, aunque ha habido ocasiones en las que ha predominado un cierto pragmatismo.

Si se compara la manera en que se impone la "doctrina Brezhnev" en Checoslovaquia en 1968 con la forma en que se maneja la crisis polaca entre 1980 y 1982, se puede deducir que una eventual intervención directa de la URSS depende de la capacidad que tiene cada régimen para revertir el orden de cosas. En 1968, el gobierno y la burocracia checoslovacos estaban insertos en un proceso cuyos primeros cambios ya se habían experimentado en diversos planos del sistema social de ese país; o sea, los cambios políticos que se empezaron a esbozar durante la "primavera de Praga" constituían la etapa inevitable de una transformación que ya operaba en otros ámbitos de la sociedad. Dicho proceso superaba con mucho el margen de tolerancia de la "doctrina Brezhnev", lo cual precipitó la intervención militar. Distinta fue la crisis polaca, la cual pasó a ser drásticamente controlada por un gobierno militar. Ahora bien, ¿por qué la fórmula militar se convirtió en la única viable para superar la crisis? Aunque existen múltiples respuestas y argumentos sobre lo inevitable que era el golpe militar de 1981, desde el punto de vista de los objetivos de la política de seguridad de la URSS existían motivos de sobra para legitimar tal procedimiento. En otro aspecto, ello comprueba la significativa coincidencia de objetivos entre las fuerzas militares del Pacto de Varsovia, producto de una sistemática y paciente labor en la que se encuentran empeñadas las fuerzas armadas soviéticas y los congéneres europeo-orientales desde los años 50. En suma, la política seguida por el "grand frère" hacia sus aliados es flexible en la medida en que no se alteren ciertos criterios mínimos en materia de seguridad regional, ámbito en el cual la Unión Soviética se reserva un amplio margen de manobra. Todo lo que no caiga en esa acepción ha sido relativamente tolerado por la URSS; por ejemplo, el actual sistema económico húngaro, las sinuosas posturas heterodoxas de la política exterior rumana hace unos años, los prudentes acercamientos del gobierno alemán-oriental hacia un entendimiento con Alemania Occidental y, por cierto, todas las transformaciones que promete la "glasnost" de la que está imbuida la sociedad soviética hoy en día.

La compleja y por momentos asistemática transformación que ha habido y sigue habiendo en la Unión Soviética desde la muerte de Brezhnev y su breve intermedio antes de la actual dirigencia, está a grandes rasgos pronosticada en los libros que comentamos. A pesar de que la confrontación Este-Oeste rememora en cierto sentido la "guerra fría" de hace tres décadas, es evidente que se trata de dos procesos dis-

tintos. Por lo pronto, la percepción de conflicto y/o cooperación entre las superpotencias está mediatizada por instancias o situaciones que en los años 50 eran totalmente inexistentes: la presencia de potencias intermedias, la autonomía económico-comercial de los países europeo-orientales, la consolidación política de la Comunidad Europea, la prosperidad japonesa, el rol creciente de China Popular en la política mundial, y, ciertamente, el tenor de las negociaciones para limitar los dispositivos estratégicos en la región centro-europea es muy diferente del de las "conferencias cumbres" de hace treinta años. En suma, la proliferación de nuevas fuentes de poder e influencia en la política mundial es un fenómeno real. Aunque Carrère d'Encausse es más prudente acerca de este hecho, en su extenso análisis respecto de la manera en que la URSS mantiene cohesionado al Pacto de Varsovia reconoce el cambio de contexto que se observa entre la intervención en Checoslovaquia en 1968 y los procedimientos puestos en práctica en la crisis polaca a inicios de esta década.

La capacidad de adaptación a nuevos requerimientos internos e internacionales por parte de la Unión Soviética constituye un tema de estudio al cual estos autores nos introducen magistralmente con todas las posibilidades y limitaciones que ofrece una perspectiva académica.